

DESIGUALES:
LA VIDA CONSAGRADA Y SU
RELACIÓN CON LO OTRO

Emilio Alanís Gutiérrez

Sumario: El siguiente artículo busca plantear una reflexión sobre cómo es que la vida consagrada establece relación con lo otro, es decir, con todo aquello que aparece como externo, diferente, que no se presenta desde ese grupo religioso creado y autodenominado nosotros. Entre las temáticas planteadas a la luz de este primer concepto se revisa: el carisma religioso, la comunidad consagrada y la misión. Se termina abordando la otredad que habita a los y las consagradas, aquella que se presenta en la propia historia vital y que ayuda a mantener la relación de lo más acá y lo más allá.

Summary: The following article discusses how consecrated life establishes a relationship with the other. That is to say, with everything that appears as external, different, that does not come from the religious group created and so-called us. Among the themes addressed in light of this first concept, we review: the religious charism, the consecrated community, and the mission. We end by reflecting on the otherness that inhabits consecrated persons, that which is presented in their own life history and which helps to maintain the relation between “here” and “there”.

Palabras clave: consagración religiosa, antropología de la vida consagrada, otredad, vida consagrada

Keywords: religious consecration, anthropology of consecrated life, otherness, consecrated life

Fecha de recepción: 4 de febrero de 2021

Fecha de aceptación y versión final: 31 de julio de 2021

Desiguales: La vida consagrada y su relación con lo otro¹

No es extraño escuchar constantemente discursos, ideologías y pensamientos que se dedican a sembrar exclusión y odio entre las personas. A pesar de estar presentes en los más variados contextos, usualmente se dejan oír desde las esferas políticas. La creación de verdaderas murallas, altas y firmes, es la constatación material de muchas de estas ideologías, basta abrir los periódicos del día para ver la actualidad de la cuestión.

¹ Este artículo es el resultado de un trabajo de investigación presentado como Memoria del curso de “Experto en Teología de la Vida Religiosa” del Instituto Teológico de Vida Religiosa de Madrid (UPSA) en el mes de febrero de 2021. Agradezco sinceramente a las personas que han acompañado su proceso, especialmente a la Prof. Rosa Ruiz Aragoneses.

Con todo, la idea que se tiene de lo *otro* o de lo que es *distinto* y cómo se entra en relación con ello, va mucho más allá que lo que aparece en los diarios.

Los deseos de profundizar en el tema de lo diferente o distinto se ven limitados si no se toma en cuenta que el mundo occidentalizado cada vez más camina hacia una confluencia de pensamientos, actitudes e iniciativas. Se podría decir de todas ellas que tienen un matiz más global. Siguiendo con esta idea, el filósofo Byun-Chul Han, señala que cada individuo –incluyendo entre ellos a la vida consagrada²– vive inmerso en una sociedad que ha decidido abrazar lo igual por encima de lo que es diferente. En sus propias palabras:

A la globalización le es inherente una violencia que hace que todo resulte intercambiable, comparable y, por ende, igual. La comparación *igualatoria* total conduce, en último término, a una pérdida de sentido³.

La gravedad de la cuestión ante esta globalización que nos abraza es que “ni la falta de distancia ni lo igual contienen vida”⁴.

Podría parecer complejo, e incluso contradictorio pensar que en un mundo en el que actualmente resurgen los nacionalismos, la xenofobia y la sospecha hacia lo otro, Han defiende una tesis aparentemente contraria. Pero, al tomar distancia y ver el panorama ampliamente, podemos constatar que una cosa es consecuencia de la otra. Es decir, que ante el deseo consciente –o no– de acercarnos a lo igual, acentuamos diferencias sin ningún sentido, más en virtud de subsistir que de aprender. No se busca la diversidad en las formas de pensar, actuar, entender el mundo, más bien se apuesta por extremos ideológicos en los cuales la persona se diluye como individuo y responde ciegamente a quien otorga el protagonismo de pensar. Defender e impulsar aquello que se presenta como *otro* ha resultado ser una audacia frente a lo igual.

La vida consagrada desde su origen y en múltiples y diversos contextos ha buscado responder a la actualidad que llama a sus puertas. Tampoco es, ni puede ser, ajena a los movimientos sociales, la globalización y la hipercomunicación que vive el mundo de hoy. Sin embargo ¿se ha perdido acaso, la posibilidad de albergar lo distinto dentro de la vida consagrada?

Es pertinente rescatar lo distinto, porque posibilita el crecimiento, la fortaleza y la fertilidad. En otras palabras, da espacio a la vida y a una vida en plenitud. Desde la atención a lo distinto se practica el verdadero encuentro, y con ello se aprende del y con el otro. No podemos encontrarnos verdaderamente si estamos mimetizados entre nosotros; la alteridad supone distanciamiento. Valorar lo distinto dentro de la vida consagrada es además una opción evangélica ante los tiempos modernos. Repensar nuestras prácticas, costumbres, lugares y escenarios, actores e instituciones a la luz de la reflexión sobre lo que significa lo *otro* o lo *distinto* en el camino vital de cada consagrada y consagrado debe ofrecer pistas y claves necesarias para orientarse en el mar ideológico que propone la sociedad contemporánea.

² Cf. CDC, can. 607,1.

³ B.-C. HAN, *La expulsión de lo distinto*, Herder, Barcelona 2019, 23.

⁴ *Ibid.*, 16.

1. El *nosotros* consagrado

Según el Código de Derecho Canónico en su canon 573:

La vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos es una forma estable de vivir en la cual los fieles, siguiendo más de cerca a Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, se dedican totalmente a Dios como a su amor supremo, para que entregados por un nuevo y peculiar título a su gloria, a la edificación de la Iglesia y a la salvación del mundo, consigan la perfección de la caridad en el servicio del Reino de Dios y, convertidos en signo preclaro en la Iglesia, preanuncien la gloria celestial⁵.

Esta definición de carácter jurídico ayuda en un primer momento a esbozar aquello que sugiere el concepto de *vida consagrada*. A pesar que tantos autores han trabajado de unas u otras maneras su propia definición de *vida consagrada*, he decidido tomar esta definición por ser la aceptada de forma oficial por la Iglesia católica. Sin embargo, ¿qué supone la comprensión de la vida consagrada bajo estas premisas? ¿Será justo para ella ser definida únicamente bajo estos conceptos?

Sin duda un término jurídico como el que se estudia aquí ofrece claridad al momento de discernir a los presentes y los ausentes, o dicho de otro modo los que están dentro o fuera, del grupo denominado *vida consagrada*. Con todo, también se corre el riesgo de abstraer tanto los conceptos, que al momento de concretarlos en la vivencia cotidiana aparezcan como entes estáticos, imposibilitados y atados por la misma tradición o costumbre a una comprensión y significación más amplia. El peligro mayor al que se exponen estas interpretaciones es el de traducir lo que se entiende por determinadas expresiones, por ejemplo: “perfección de la caridad” o “más de cerca”, en cuestiones puntuales, restringiendo la acción del Espíritu en sus miembros o mejor dicho reduciéndola a un determinado escenario de actuación. Se cae, utilizando la expresión de Edgar Morin, en el “paradigma de la simplicidad”⁶.

Siguiendo esta línea de reflexión, y buscando lograr concretizar qué supone defender y promover la complejidad dentro de la vida consagrada, me parece pertinente pensar en una vida religiosa in-definida o como diría Nuria Martínez-Gayol, una forma de vida religiosa *sin forma*. Ella lo expresa así:

... a lo que hoy estamos llamados es a «una forma de vida sin forma», lo cual no significa ni deforme ni a-forme. La expresión «sin forma» trata de transmitir la idea de que no hay una forma fija y estable que debemos buscar para remplazar la antigua; que lo peculiar de nuestra Vida Consagrada pasa hoy para nosotros, en este momento histórico, por ser capaces de resistir —en fe, esperanza y amor..., esto es, sostenidos por la confianza en Dios, en una paciente espera y desviviéndonos en el amor— este no saber,

⁵ CDC, can.573

⁶ E. MORIN, *Introducción al pensamiento complejo*, Editorial Gedisa, Barcelona 2011, 89.

no poder y no poseer la respuesta definitiva ni la forma estática sobre la que dejar reposar y descansar nuestra consagración⁷.

Esto es dar paso a la pluralidad de los términos, para acercarse —quizá más certeramente— a la diversidad que subyace al estilo de vida abrazado. No se puede pretender definir (en el sentido más estricto de la etimología) lo que la vida consagrada es, porque ella misma existe en vitalidad, conformada por sujetos que están en proceso de crecimiento y maduración.

Tal vez, lo más adecuado sea decir es que la vida consagrada es una historia⁸. Es una única historia y a la vez son muchas, es laical y es clerical, es masculina y femenina, es contemplativa y es activa, religiosa y secular, es santidad y es pecado, es alegría y disgusto, ecosistema y átomo. La vida religiosa es eso, es vida, o al menos, una forma de vivirla.

Poniendo esto en claro es momento de abordar lo que significa lo *otro* o también llamado lo *distinto*. Creo necesario traer a la reflexión lo que señala Tim Ingold, antropólogo inglés, al hablar del encuentro con lo *otro*:

No se trata de interpretar o explicar las costumbres de los otros, ni de ponerlos en su lugar, ni confinarlos a lo “ya comprendido”. Se trata más bien de compartir en presencia de ellos, aprender de su experiencia en la vida, y llevar esta experiencia para que influya en nuestra forma de imaginar lo que podría ser la vida humana, sus futuras condiciones y posibilidades⁹.

Lo *otro* para Ingold se presenta como un lugar epistemológico de aprendizaje sobre la vida humana. Otorga validez a las experiencias humanas no desde la legitimación que su posición como académico acarrea, sino por la experiencia humana en sí misma. Lo *otro* es un lugar de encuentro.

En este sentido, canonizar lo conocido es una forma de condenar lo desconocido. O, lo que es igualmente peligroso, condenar lo externo justificando automática e inconscientemente lo propio. Establecer relaciones con este telón de fondo se traduce en acciones de supremacía y egocentrismo que atentan contra la verdad misma del ser humano, que es la libertad que tiene para expresarse y elegir¹⁰. Con ello, además, se restringe la posibilidad del aprendizaje mutuo, comparando todo en una relación asimétrica y supeditada a una idea única; en otras palabras, hegemónica.

Todorov, brinda una propuesta después de analizar las diferentes posturas antropológicas, pensando en un “humanismo bien temperado”¹¹. Este humanismo permitiría poder situar las relaciones entre personas sin caer en un relativismo radical (en donde todo es lícito), ni tampoco en un universalismo que expulse toda idea de

⁷ G. URÍBARRI – N. MARTÍNEZ-GAYOL, *Raíz y viento. La vida consagrada en su peculiaridad*, Sal Terrae, Maliaño 2015, 158.

⁸ Cf. J. ÁLVAREZ, *Historia de la vida consagrada, vol. I*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1996.

⁹ T. INGOLD, *Antropología ¿Por qué importa?* Alianza Editorial, Madrid 2018, 16.

¹⁰ Cf. T. TODOROV, *Nosotros y los otros* Biblioteca Nueva, Madrid 2013.

¹¹ *Ibid.*, 446.

grupo (o nación/colectivo). Es una propuesta que permitiría una visión holística del ser humano, en donde vida personal, vida social y cultural, y vida moral no sea restituidas unas por otras¹².

Unido a esto anterior, considero que, en ocasiones, dentro de la vida consagrada no se ha dado un acercamiento a este humanismo bien temperado, y más bien se ha seguido una forma de relación entre el *nosotros* consagrados, frente a los *otros*. Estos segundos son tan variados en grupos y personas, e incluso «formas de hacer» que no están legitimadas por grupos más amplios. En más de algún escenario la vida consagrada se ha presentado como maestra, en ocasiones “perfecta”¹³, de la cual los demás deben aprender e incluso seguir. Este pensamiento, más común de lo que pensamos en la actualidad, ha empapado las dimensiones *ad intra* y *ad extra* de las comunidades religiosas.

Llegados a este punto, las relaciones que se guardan hacia adentro de la comunidad, en muchos casos se orientan hacia la igualdad de los miembros, acentuando una identidad colectiva que no siempre admite las diversas identidades personales, todas ellas dinámicas y flexibles¹⁴. En otras palabras, no admitiendo al *otro* que habita bajo el mismo techo. Mientras que, por otro lado, las relaciones hacia afuera de la comunidad son en ocasiones unidireccionales, orientadas únicamente a aquello conocido y en lo que, usualmente somos reconocidos. Muchas veces se ha reducido la misión a la que estamos llamados a cuestiones puntuales, en las cuales, si detenemos la mirada, se puede descubrir que nadie es imprescindible.

Si consideramos una vida consagrada en las claves que se han propuesto previamente, es decir, in-definida, sin-forma, humana, la relación que guarde con lo *otro*, lo que es distinto a ella será menos ególatra y cerrada. Ante el encuentro, será maestra y aprendiz simultáneamente. Logrará en todo caso ser un espacio de comunión, que se permita ser habitada y reinterpretada por otros. Dará espacio al extranjero alrededor del fuego, será mesa en el hogar, calor en el invierno y compañía en la soledad; será sabor y será sal. La diversidad que abrace y albergue en sus relaciones *ad intra* y *ad extra*, es decir, la posibilidad que se dé a sí misma de encontrar lo *otro*, dará fecundidad y vitalidad tanto para sus miembros, como para aquellos que entran en contacto con ella.

2. El carisma religioso. Una experiencia de ruptura y encuentro con lo *otro*

El carisma, como don del Espíritu Santo que es, funciona como un motor, impulsando e inspirando los movimientos de las personas que así le permitan hacerlo. La historia de la vida consagrada es testigo de las diversas formas en las cuales el Espíritu sopla, arrasa y mueve a hombres y mujeres a iniciar movimientos novedosos dentro de

¹² *Ibid.*, 445.

¹³ Si se quisiese profundizar en esta cuestión, no hay más que revisar un poco la historia de la vida consagrada. Ofrecemos, no obstante, algunos ejemplos de ello para que amplíen y enriquezcan nuestra reflexión teológica sobre la vida consagrada, su camino y su proceso a lo largo de la historia de la Iglesia: A. ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, BAC, Madrid¹⁶ 1954.; P.L. COLIN, *Tendencia a la perfección*, Ed. Luz, Madrid 1962.; J. M. MERLIN, *Documentos pontificios sobre la vida de perfección*, Cocusla, Madrid 1959.

¹⁴ M. A. PORTAL ARIOSA, “La identidad como objeto de estudio de la antropología”: *Alteridades* 1, 2 (1991) 3–5.

la Iglesia. Ello se ve fuertemente nutrido por los contextos particulares de cada uno de ellos, como respuesta a las necesidades de su tiempo. El nuevo comienzo que se suscita provoca una ruptura con lo anterior y anuncia la novedad de lo que está por venir. Es *el grano de trigo que muere en tierra para dar mucho fruto* (Jn. 12-24).

Dichos frutos, que devienen de semejante acción, son distintos, diversos, muchas veces completamente nuevos a lo anterior, completamente *otros*. El proceso fundacional es un paso en salida –de los fundadores y sus primeros seguidores- al encuentro de un *otro* que demandaba su presencia. Dicho de otro modo, el encuentro con lo *otro* –con lo nuevo- está en la génesis de cada impulso carismático del Espíritu.

Se puede constatar que esa primera ruptura configuró una forma de entenderse en el mundo distinta a la previa en las diversas congregaciones religiosas. El llamado “proceso de institucionalización”¹⁵, tan necesario en la historia de cada congregación, fue moldeando en cada una la manera de vivir ese carisma recibido por los fundadores. El surgimiento de monasterios, conventos, escuelas, hospitales, centros de espiritualidad, fueron las respuestas concretas y pragmáticas que se dieron al vivir los distintos carismas recibidos.

Los tiempos posmodernos en los que nos encontramos empujan a entender que la realidad –si es que podemos pensar en una- sólo puede comprenderse desde vertientes que subrayen la tolerancia, la pluralidad y la apertura¹⁶. En otras palabras, los tan nombrados *signos de los tiempos* ... de nuestro tiempo, nos invitan a responder a nuestra realidad desde visiones mucho más diversas y cada vez menos unilaterales. Desde estas evidencias no podemos seguir traduciendo el carisma miméticamente como lo hicieron los fundadores y sus primeros seguidores en la época que les tocó vivir. La realidad actual nos exige movernos en el prisma social de forma que las respuestas sean tan diversas como evangélicas. Traigo a este respecto las palabras de Estrada:

No hay ningún carisma ahistórico y cada maestro espiritual es literalmente inimitable, como el mismo Jesús. Los discípulos pueden inspirarse y contagiarse de su espiritualidad, pero tienen que hacer su propia síntesis experiencial y traducirla a su propio contexto histórico¹⁷.

Pensar en los carismas dados a nuestros fundadores y fundadoras nos tiene que empujar a hacer un ejercicio de actualización del carisma. Lo que se vivió en otra época y lo que exige el tiempo actual no siempre son demandas compatibles. Frente a la realidad de un carisma del Espíritu que está vivo y que sigue inspirando a cristianos y cristianas por todo el mundo y en las más diversas realidades sociales, el cambio de escenarios y protagonistas no frena su acción. El Espíritu no demanda uniformidad a los fieles, no exige respuestas idénticas a los problemas y situaciones que acontecen en la sociedad actual, sino que ayuda a transcribir el mensaje cristiano a los distintos contextos¹⁸. Este

¹⁵ J. A. ESTRADA, *Religiosos en una sociedad secularizada*, Editorial Trotta, Madrid 2008, 91.

¹⁶ Cf. B. FERNÁNDEZ, “Los otros dones del Espíritu,”: *Vida Religiosa* 84, 6 (1998) 448-456.

¹⁷ J. A. ESTRADA, *o.c.*, 90.

¹⁸ Cf. J. C. R. GARCÍA PAREDES, *Cómplices del Espíritu. El nuevo paradigma de la misión*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2014.

ejercicio, sencillo en el escrito y complejo en la ejecución, requiere de un profundo acto de fe, requiere reconocer en *quien hemos puesto nuestra confianza* (2 Tim 1, 12).

Continuando, el miedo que produce la experiencia presentada como *otra* no es más que la certeza de que se está apostando por ello a conciencia. Es un miedo que aparece ante la incertidumbre y, generalmente, viene acompañado de la presión social ante el riesgo y sobre todo ante el fracaso. Esto ocurre porque el fallo, el error, la pérdida, sería la confirmación ante los ojos escépticos de que el “terreno conocido” siempre es mejor. Lo peor de dicha cuestión es la penosa e insistente defensa de terrenos con ladrillos enmohecidos y antiguos, en lugar de buscar respirar un aire distinto, llevados de la mano de los osados.

Surge una cuestión crucial para la comprensión de esto último y en particular para su vivencia: ¿es *osada* la vida consagrada? Sin pretender generalizar, suponer una respuesta afirmativa nos situaría actualmente en el terreno de la paradoja. Por otro lado, una respuesta negativa otorga la evidencia de la inmovilidad. La osadía, característica personal del Nazareno¹⁹, es una nota de la vida consagrada que no debe ser borrada ni robada en ningún caso, de ninguna forma, bajo ninguna circunstancia, es un reflejo de la vida en el Espíritu. Perder la osadía es comulgar con lo igual, es aceptar la imitación y legitimar la homogeneidad. El osado es el que rompe y sale, es el fuego y la ceniza, el que encuentra y se encuentra, es el que se atreve a ser *otro* en *nosotros*. La osadía es carismática.

3. El *otro* bajo el mismo techo. La vida comunitaria actual

Jesús de Nazaret llamó a hombres y mujeres, pescadores y recaudadores de impuestos, casados y solteros a ser testigos de la caridad y la misericordia. No parecía una estrategia lógica, tan variado repertorio no parecía una apuesta que atrajera a los demás, pero no hay que olvidar que *llamó a los que él quiso para que estuvieran con él* (Mc 3, 13). Dicha comunidad inicial caminó después hacia su maduración espiritual de diversas maneras. Sin embargo, había una característica que le dio continuidad al mensaje recibido: el movimiento.

Ya en las llamadas primeras comunidades los primeros cristianos se auto-denominaban como “los miembros del Camino”²⁰. Inspirados por una conciencia de estar en búsqueda, de un dinamismo presente, su pensamiento y actuar venía impregnado de estas nociones. La incertidumbre de no tener todas las respuestas, de precisamente estar en un constante peregrinaje, geográfico y espiritual, permitía el crecimiento personal y comunitario. En este sentido, la vida consagrada también ha sido identificada como aquella que está en constante desplazamiento²¹. No resultan extrañas las conclusiones a las que llega Pablo al asegurar que la Iglesia es como

¹⁹ Cf. E. M. LOZANO, “El hombre sabio y compasivo: una aproximación transpersonal a Jesús de Nazaret”: *Journal of Transpersonal Research* 1 (2009) 48–71.

²⁰ Cf. A. NOLAN, “Ser cristiano en la actualidad.”: *Revista Internacional de Teología Concilium* 340 (2011) 59–70.

²¹ Cf. DOLORES ALEIXANDRE, *Bautizados con el fuego*, Editorial Sal Terrae, Santander 1997.

cuerpo que *no se compone de un solo miembro, sino de muchos* (1 Co 12, 14). A este respecto Castillo dice:

La comunidad cristiana se construye como cuerpo de Cristo precisamente en la celebración de la eucaristía. Y eso quiere decir que la celebración eucarística consiste esencialmente en la puesta en práctica del amor mutuo, en el servicio y la disponibilidad a los demás... la celebración eucarística vincula a los creyentes unos con otros en el mismo cuerpo²².

La vida de Jesús de Nazaret desencadenó una forma de comprender las relaciones desde claves más amplias y abiertas. De esta forma, rompió con barreras étnicas universalizando el mensaje del Reino²³. Jesús, curiosa otredad entre el que está más allá y al mismo tiempo está más acá, entró en relación con lo *otro* de su tiempo.

La encrucijada actual en la que se encuentra la vida consagrada es evidencia de los cambios que han llegado para quedarse. Aquí no pretendemos vivir como los hicieron los primeros cristianos o la comunidad que seguía a Jesús de Nazaret, las circunstancias en las que nos encontramos son tajantemente diferentes. Con todo, esto no quita que no puedan inspirar y enseñar sobre lo que significa la comunidad.

En este sentido, Rojas deja claro que “durante mucho tiempo en la vida religiosa hemos vivido una fuerte dimensión grupal que, en ocasiones, uniformaba pero no ponía especial esmero en el cuidado de las personas”²⁴. El acento de lo que acontecía en la comunidad estaba dado en el *nosotros* como institución, como cuerpo social unificado –muchas veces casi fusionado– y por el cual se podía hacer frente a aquello que atentara contra su unicidad, en lugar de pensar en las partes que conformaban ese *nosotros*.

También es justo decir que la comunidad religiosa es lugar de alegría y fraternidad, de acogida y descanso, de encuentro entre hermanos y hermanas, de respuesta al contexto inmediato de su misión. Es un lugar donde vive el Espíritu, el cual convoca y llama a sus miembros a encontrarse día a día. Es sin lugar a duda, un espacio teologal²⁵. La cuestión sería entonces: ¿qué podemos proponer para que la vida comunitaria siga siendo lugar de encuentro, sin diluirse en la institucionalización y la rutina, en otras palabras, que siga siendo espacio para lo *otro*? ¿No es acaso la vida comunitaria una búsqueda por alcanzar la vida del Dios Trinidad-Comunidad el cual vive en perfecta comunión sin diluirse ni confundirse?

Ante esto, no puedo ofrecer una respuesta universal y generalizada que deje satisfechas a cada una de las religiosas y religiosos, porque caería en la misma tentación que nos ha llevado hasta donde nos encontramos ahora. Lo que sí se puede proponer es la acentuación de la “vida” para enriquecer la experiencia “comunitaria”. Es decir, que

²² J. M. CASTILLO, *Teología para comunidades*, Ediciones Paulinas, Madrid 1990, 307. El autor no relaciona únicamente la celebración eucarística con lo estrictamente litúrgico y sacramental. Más bien puntualiza la vivencia de la eucaristía en las comunidades primeras como perteneciente a una esfera *profana*, presente en las casas y no en los templos. Sin entrar a valorar ahora la tesis del autor, ajena a este trabajo, asumo este planteamiento.

²³ Cf. C. BERNABÉ, “El cristianismo como estilo de vida.” en R. AGUIRRE (ed.), *Así vivían los primeros cristianos*, Editorial Verbo Divino, Navarra 2017.

²⁴ I. ROJAS, “La comunidad se hace”: *Vida Religiosa Monográfico* 124, 3 (2018) 88.

²⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* (Ciudad del Vaticano, 1996), n. 42.

sea la v(V)ida misma la que dirija y rija las respuestas y el andar. Que sea ella la que marque por delante el camino para todos. Desde ahí, en espíritu de discernimiento, se podrá responder con libertad y certeza. Que se permita fracasar y levantarse juntos. Aprender y soñar.

Continuando con la misma idea, el peligro real para la vida consagrada, será poner la vida por detrás. Querer posicionar nuestro hacer y quehacer actual por encima de lo que evidentemente ya no encaja, muchas veces errando y buscando manipular las conclusiones para dar congruencia a nuestros frecuentemente inamovibles discursos, es sin duda una señal de poca creatividad y vitalidad. Si ponemos la vida por detrás, caminaremos por lógica, hacia la muerte.

Esta forma tan hermética que venía cargando un estilo de vida consagrada separada del mundo, la posicionaba sobre las demás formas de vida cristiana, haciendo menos accesible su relación con lo *otro*. Acentuaba una asimetría jerarquizante en donde los consagrados (en masculino) resultaban siempre honorablemente de pie. Quizá sea bueno superar el estándar del llamado “estado de perfección”, pedestal eclesial en el que cómodamente se lee el mundo de forma diferente, para pasar a ser una comunidad confesante²⁶. Una comunidad que denuncie con sus acciones las atrocidades de un mundo que se contenta con la práctica del *divide y vencerás*.

Siguiendo con lo anterior, la propuesta versa en dirigir nuestros esfuerzos en crear y construir comunidades que fomenten y gesten la diversidad, la apertura entre sus miembros. Que lo que identifica, no diluya a las personas del grupo. Que no se limiten los modelos comunitarios a los aprobados canónicamente²⁷. Vivir en un espíritu de apertura no es sencillo pero las comunidades religiosas están llamadas cada vez más a ser lugares de comunión y hospitalidad²⁸. El apego a lo vivido en otros tiempos es natural, sin embargo “el Espíritu no se nos niega: será Él quien habrá de orientarnos acerca de cómo ha de ser esta forma de vida a la que el Señor nos sigue llamando y convocando”²⁹.

Sin duda, no se puede llegar a conclusiones definitivas sobre esta cuestión. La realidad social impide que se pueda hacer así. Lo que sí es lícito decir es que, el hecho de plantear la presencia de este *otro* dentro de las comunidades y congregaciones religiosas tendrá también sus virtudes, tal vez más de las que se consideran en un inicio. La posibilidad de la alteridad entre los miembros de una comunidad –ese re-conocerse– es también la posibilidad que tendrá cada religiosa y religioso para ser signos y testigos de este mundo.

²⁶ Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, “¿ Vida religiosa o vida consagrada ?”: *Razón y Fe* 280, no. 1440 (2019) 73–81.

²⁷ Cf. J. C. R. GARCÍA PAREDES, *El “encanto” de la vida consagrada. Una alianza y tres consejos*, San Pablo, Madrid 2015.

²⁸ Cf. J. C. R. GARCÍA PAREDES, *o.c.*, 206.

²⁹ G. URÍBARRI - N. MARTÍNEZ-GAYOL, *o.c.*, 156.

4. El *otro* conocido. La misión unidireccional

He hablado previamente de la necesidad de vivir con la Vida por delante, es decir en una actitud en salida, en otras palabras de una *existencia exodal*³⁰. La pertinencia de la salida no viene dada por el supuesto éxito de la encomienda, sino por el intento, la audacia y el coraje de ver más allá. Me pregunto junto con Ruiz Aragonese no solo la importancia de esta vida en salida, sino la cuestión de cómo sale la vida consagrada a su encuentro con el mundo³¹.

Es relativamente normal encontrar una misión clara y delimitada de congregación en congregación. Sin embargo, muchas veces esta supuesta claridad resulta ser respuesta unidireccional a los problemas actuales. Es decir, que de alguna forma la misión que en determinado momento nos había llevado a una ruptura con lo anterior, posibilitando el encuentro con lo *otro*, se convierte en una extensión del *nosotros* dejando poco espacio para el riesgo del encuentro. Así, bajo una supuesta “salida” ejecutada en virtud de la misión del instituto, lo que se hace es alimentar una continuidad de lo anterior, dejando de lado la posibilidad de la innovación. Es en estos momentos, cuando es urgente repensar las planificaciones y procesos en los que se podría ser más creativos.

Ante esto último, no se niega que la misión de la vida consagrada está estrechamente relacionada con hacer presente a Cristo en el mundo mediante el testimonio personal³². Bien es sabido que, cada una de las congregaciones responde desde su historia particular, su formación recibida, sus posibilidades. Lo que pretendo resaltar es la existencia de una actitud continuada a lo largo de tiempo que ha imposibilitado preguntarse ¿qué haría Jesús, el laico de Nazaret, en esta situación?

García Paredes lo deja claro cuando dice que la misión “no consiste en responder a necesidades institucionales y expansivas de la iglesia, sino a las urgencias y necesidades de nuestro mundo”³³, entendiéndolo como aquello *otro* al cual también somos enviados. Bien valdría la reflexión sobre cuántas acciones, personas y esfuerzos se han gastado al buscar mantener estructuras que resultan arcaicas e incluso incongruentes ante los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo³⁴. Llegados a este punto, se podría cuestionar cada institución desde los diferentes servicios que ofrece, cuales responden a los efectos de una institucionalización a lo largo de los años y cuales son respuesta a una necesidad real y concreta de mundo en el que se vive.

A este respecto, siempre reconoceré la misión que hermanos y hermanas de generaciones pasadas han logrado con extraordinario esmero. El camino para llegar a lo que se encuentra hoy en día no ha sido sencillo. Sin embargo, considero aún más maravilloso y encantador cuando esos mismos hermanos y hermanas mayores demuestran tener la valentía necesaria para atreverse a hacer y responder al mundo de forma

³⁰ *Ibid.*, 161.

³¹ Cf. R. RUIZ ARAGONESES, “El tesoro escondido... en la vida consagrada.”: *Vida Religiosa* 124, 1 (2018) cita 27.

³² Cf. JUAN PABLO II, *o.c.*, n. 72.

³³ J. C. R. GARCÍA PAREDES, *Cómplices del Espíritu*, 35.

³⁴ Cf. PABLO VI, *Gaudium et Spes*, Ciudad del Vaticano, 1965, n. 1.

distinta. Cuando deconstruyen la forma misma de verse como consagrados y consagradas en un proceso de aprendizaje continuo y constante. Una y otra vez muchos de los miembros más mayores de las comunidades religiosas dan ejemplo de ello a los ojos de jóvenes testigos.

5. Lo *otro* como experiencia evangélica

Para la sociedad secular la vida consagrada aparece en sus mapas sociales como entes que son completamente *otros*. Es justo decir que esta *otredad* se vertebra en dos movimientos radicalmente opuestos. Por un lado, se encuentra la *otredad ignorada*. Cada uno de los votos profesados representa para un segmento de la sociedad un extrañamiento evidente, generando dudas e incertidumbres que regularmente quedan apresadas en el silencio. Para los más críticos de la vida consagrada siempre habrá un escepticismo hacia dichas personas y con ello las formas de vida que han elegido. La duda nunca será completamente resuelta. Quizá tampoco sea necesario preocuparse mucho sobre ello. En función de esa aura la vida consagrada se convierte en esos *otros*, entes existentes y muchas veces incomprensidos.

Por otro lado, existe la *otredad divinizada*. Para aquellos que valoran (o sobrevaloran) la vida consagrada observan en los consagrados y consagradas un acercamiento cuasi divino. La valorización social –muchas veces desproporcionada– que se representa para este otro grupo, mal encaminada, puede llevar a desviaciones en las relaciones. En otras palabras, al acentuar la asimetría entre los consagrados y no consagrados nos encontramos ante una indudable elevación inalcanzable (y si abordamos esta cuestión desde la perspectiva de género esto se vuelve aún más complejo). En cualquier caso, para este segundo grupo la vida consagrada también es *otra*.

Bien es sabido los peligros de realizar una reducida simplificación como la que se propone con la abstracción de estas ideas anteriores, haciendo alusiones binarias como si la sociedad no fuera un ente vivo y versátil en el que se puede encontrar un espectro de pensamientos tan diversos y en constante cambio y evolución como personas mismas. Pero superando eso, busco señalar con lo anterior la constatación de la evidente *otredad* que representa la vida consagrada para la sociedad. Se oscila entre estos y más grupos sociales y sería bueno no desacreditar lo indudable de dicha cuestión.

Esto no quiere decir que la vida consagrada no pueda llegar a ser cercana y profética. El ser *otros* tampoco se traduce como estar ajeno o desarraigado de la sociedad. Sinceramente, no leo esta realidad desde una condena de la cual no es posible salir. Es en efecto, todo lo contrario, una gracia recibida. De otro modo, cuando la Iglesia defiende que la vida consagrada es y debe ser signo escatológico³⁵, ¿a qué se refiere?

Considero que esa es la misión de la vida consagrada, ser esos *otros* dentro de la sociedad, como puentes presentes en ella. Estar acá vislumbrando lo de allá. La vida consagrada va y se juega en la *otredad* que guarde dentro de sí misma. En la capacidad

³⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, n. 26-27.

que tenga de moverse entre las sutilezas de la vida, sabiendo que no es distinta, pero tampoco igual. En la tensión que surge entre lo que es y lo que está llamada a ser, entre el más acá y el más allá, entre lo igual y lo *otro*.

Paradójicamente el cuidado de eso *otro* va en íntima relación con el equilibrio y diálogo que entable con lo que no es ella misma, con lo que está afuera de ese *nosotros*. La forma de cultivar, defender y nutrir esa otredad, esta en fluir, dialogar y encontrar-se en la frontera del *nosotros*.

En este sentido, el peligro y el riesgo de la alienación como un *nosotros* ajeno y distante es que no es posible proponer nada al mundo. Se está tan ajeno a él que se le desconoce. Brota así lo igual como una extensión del *nosotros* y nos priva de la alteridad. En palabras de Espinosa Arce:

...una sociedad verdaderamente humana debe ser una sociedad de miradas, de juegos cómplices de bondad, compasión y libertad vinculada. La pobreza de miradas es signo del pecado y, por el contrario, la experimentación de las miradas, de la voz, del eros, del encuentro sensual-corporal-afectivo de carácter liberador y humanizante es espacio de descoincidencia, por tanto, de la gracia. La gracia es signo de la descoincidencia³⁶.

La presencia de lo *otro* en la vida consagrada es signo de la presencia de la gracia, del Evangelio. No se olvida que el que es enteramente *Otro* ha puesto su morada entre el *nosotros* que es la humanidad. La vida consagrada tiene que dejarse mirar por los demás y con ello ser reinterpretada³⁷. La privación de su propia existencia perpetua así el des-encuentro entre unos y otros, la falta de aceptación y confrontación con lo *otro* es el hermetismo que hace imposible la vida.

Siguiendo en este razonamiento, la maestría y santidad de algunos consagrados y consagradas está depositada en la habilidad que tienen para seguir siendo ese *otro* mientras son parte de este *nosotros* al que llamamos Pueblo de Dios. Cuando no se necesita la asimetría social y religiosa para percatarse que aquella persona se mueve desde una dimensión distinta, se intuye que la vocación está presente. Me gustaría a este respecto que quedara la propuesta clara. La consagración religiosa no separa del mundo, (creando la división previamente estudiada entre el nosotros/otros) una más profundamente a Él. Esto en tanto y solamente en tanto, se logre guardar la *otredad* que habita y se hospeda en cada uno.

³⁶ J. P. ESPINOSA ARCE, "El pecado: negación consciente, libre y responsable al o(O)Tro. Una interpretación desde la filosofía de Byung-Chul Han," *Proyección: Teología y Mundo Actual* 278 (2020) 308.

³⁷ Cf. L. A. GONZALO DÍEZ, *El fenómeno comunitario de la vida consagrada*, Editorial El Perpetuo Socorro, Madrid 2019.

6. Palabras finales

La articulación de estos conceptos, tan allegados a la realidad eclesial, congregacional y social, es un intento por ofrecer algo diferente. A este respecto y haciendo una breve aportación etnográfica, muchas veces dentro del supuesto discurso revolucionario dentro de la vida consagrada se escuchan frases como: “*no hagamos esto o aquello porque siempre se ha hecho así*”. De hecho, es una frase que hace quedar muy bien al conferencista en turno. La asamblea asentirá y con el olvido que ofrece la rutina y los compromisos acarreados, se caminará fuera del auditorio rumbo al *ágape fraterno*.

Desde lo aprendido a través de esta discusión conceptual creo que atreverse a ser *desiguales* es un comienzo necesario, pero no un final. No puedo decir con certeza que esta propuesta funcione. Caer en recetas universalistas no me va. Lo que sí puedo decir es que valdrá la pena intentarlo.

Ser desiguales es pensar en los conceptos repetidos de nuestros discursos en asambleas, documentos y comunicaciones para poder resignificarlos, cambiarlos, desearlos o reinventarlos. Conceptos como: educación, sanidad, acción social, acompañamiento espiritual, pastoral juvenil, pastoral parroquial, catecismo. Todos ellos presentes en las narrativas de cada congregación religiosa pueden y deben ser leídos a partir de otros escenarios, y especialmente por *otras* miradas. Incluso conceptos comunes a todos como: formación inicial, hermanos jóvenes, jubilación, directora de comunidad, formador, provincial, consejera, superiora, ecónomo, misionera... la lista es interminable, y las preguntas serían: ¿Cómo podemos reinterpretar lo que sugieren *a priori* dichos conceptos? ¿Está todo dicho sobre ellos? ¿Es necesario seguir utilizándolos?

Ser desiguales también es dar permiso a la vida consagrada para presentarse como vulnerable ante la sociedad. Acentuar que no hay nada de indestructibles ni perfectos y que no se tiene la última palabra en todo. La vulnerabilidad permite el encuentro y el crecimiento. Entender que el caminar por esta vida sólo es posible acompañados es una lección difícil de aprender, pero de urgencia. Aprender a escuchar y ser escuchados.

Ser desiguales es vislumbrar que la forma de pertenecer al mundo es como puentes presentes, *in situ*. De nada sirve un puente que no esté donde debería estar. Puentes que conecten el aquí y el allá. La levadura fuera de la masa tampoco sirve de nada.

Ser desigual es situarse en la alteridad para aprender de ella y para aprender de sí mismo, para ser unos con los *otros* desde lo que podemos ofrecer como *nosotros*. Es hacerse Vida desde los encuentros improbables.